

La alta montaña etíope



*Laguna y pradera afroalpina en la meseta del Sanetti
(Parque Nacional de las Montañas Bale, Etiopía).*

*Encrucijada
de biodiversidad*



El bosque de Harenda es uno de las mejores muestras de bosque afromontano del continente









*Bosque de brezo blanco
(Erica arborea) en los
escarpes de Simien*



*Macho dominante de babuino
gelada (Theropithecus gelada),
mostrando su espeso pelaje y
característico pecho desnudo*



FOTOGRAFÍAS Y TEXTO DE RAFAEL MEDINA



Etiopía alberga la mayor extensión de áreas montañosas de toda África oriental, incluyendo algunas de las elevaciones más notables del continente. Aquí, por encima de los 4.000 metros de altitud, nos encontramos con vastas mesetas y pronunciados acantilados donde se da cita una combinación de flora y fauna única en el mundo, fruto del mestizaje de la biota tropical africana con integrantes típicos de los ecosistemas templados europeos.

El este de África es una región geológicamente convulsa. Sus volcanes, ríos, lagos y fosas tectónicas se han encargado durante los últimos millones de años de esculpir este rincón del continente, por otra parte bastante llano en su intervalo tropical. Por eso, en comparación con los trópicos americanos, recorridos de norte a sur de forma continua por los Andes, la montaña afrotropical llama la atención por su naturaleza casi insular. Las grandes elevaciones de la región tienen naturaleza volcánica, lo que también ha contribuido a la presencia aislada de elevaciones dispersas. Así ocurre, por ejemplo, con el Kilimanjaro (5149 m) o con el Monte Kenia (4985 m) que se elevan solitarios en la sabana circundante, ofreciéndonos estampas muy conocidas.



*Cumbres etíopes vistas desde las
montañas Simien*

Este es el primer motivo por el que Etiopía es diferente. El relieve de Etiopía está determinado por la presencia de un extensísimo conjunto de sierras, montañas y mesetas de origen volcánico conocido como Macizo Etíope, que ocupa la mayor parte del país y que posee una elevación media que supera los 2000 metros sobre el nivel del mar. El Ras Dashen (4553 m) es el pico más alto de la nación, aunque son abundantes los “cuatromiles” en todo el territorio. El Macizo Etíope condiciona también la hidrología de gran parte del continente. Al alcanzarle la influencia monzónica procedente del Océano Índico, se producen abundantes precipitaciones que llenan los acuíferos y nutren los abundantes ríos que tienen en él su nacimiento. No en vano, cerca del lago Tana tiene su fuente el Nilo Azul, el más caudaloso de los ríos africanos, y uno de los colosos fluviales del mundo.

El Macizo Etíope se encuentra atravesado por la fosa tectónica del Valle del Gran Rift, que en su segmento más septentrional discurre hacia el suroeste, desde el golfo de Adén hasta el lago Turkana. Además de su indudable belleza y la de los lagos que se suceden en su recorrido, el Rift resulta especialmente evocador para los miembros de nuestra especie si nos detenemos a pensar en la multitud de fósiles de homínidos que se han descubierto a lo largo de esta enorme falla. La presencia humana ha sido una constante en el área desde tiempos remotos, y los distintos pobladores apreciaron la abundancia de agua y, más adelante, las posibilidades de cultivo de las zonas montañas. Esta es una de las razones por las que el bosque afro-montano etíope se encuentra en la actualidad bastante reducido respecto a lo que pudo ser su extensión original.



Macho de niala de montaña, endémico del Macizo Etíope (Tragelaphus buxtoni), uno de los antílopes más grandes, y el último en ser descrito formalmente

Acantilados cerca del pico Bwahit, en las montañas Simien





*Bosque de enebros africanos
(Juniperus procera) y hagenias
(Hagenia abyssinica)*



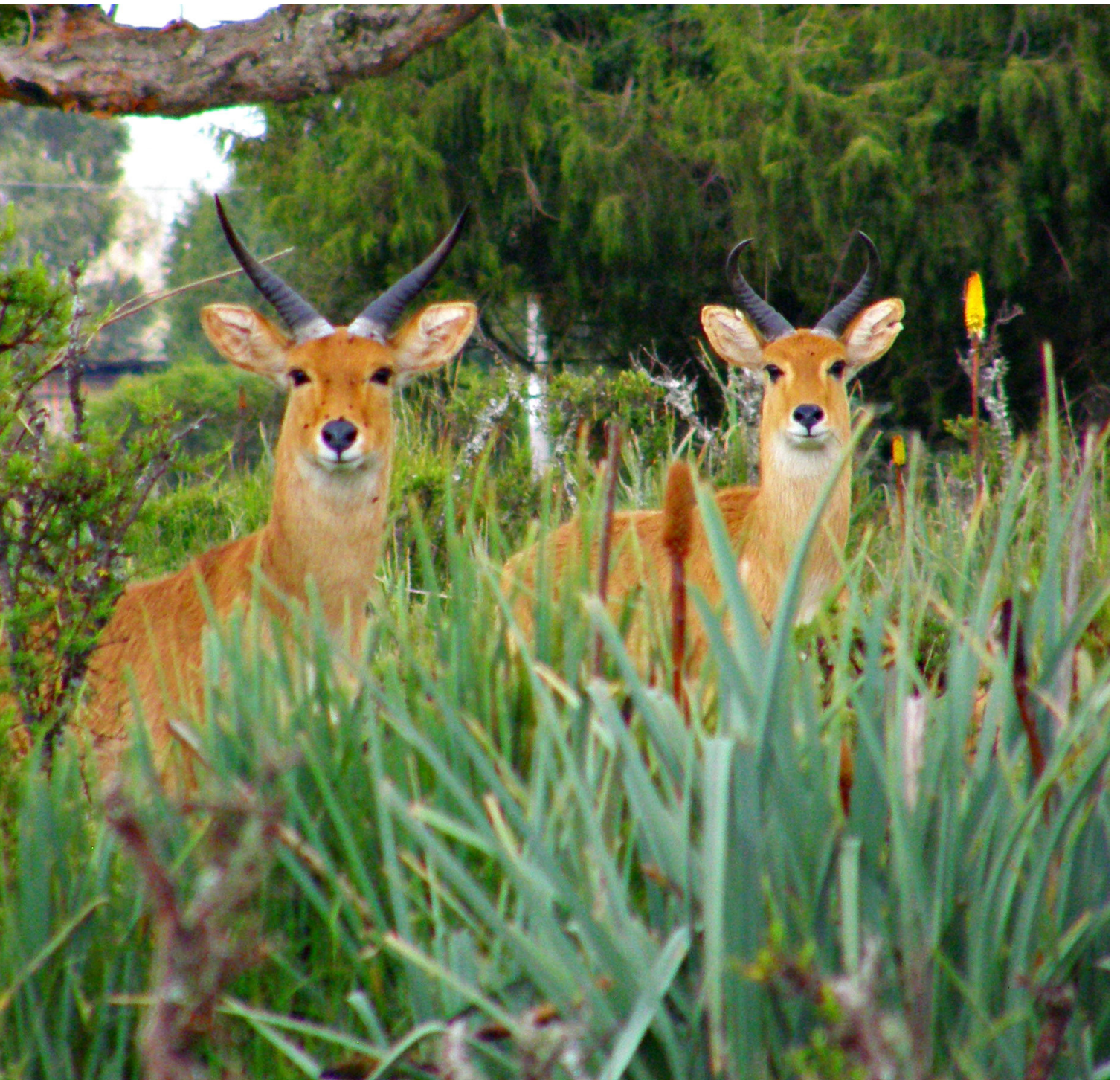
*Los facóceros (Phacochoerus africanus)
son muy frecuentes en Bale*

Si queremos conocer bien este tipo de bosque, el mejor emplazamiento dentro de las fronteras etíopes es sin duda el bosque de Harena, en el Parque Nacional de las Montañas Bale. Aquí se conserva en buen estado un magnífico bosque tropical montano, nutrido por lluvias y nieblas abundantes.

Dada la distribución salteada de este tipo de ecosistemas a lo largo de las montañas de África oriental, a veces se pueden leer términos como “archipiélago afromontano”, haciendo referencia a la naturaleza aislada de estos bosques, desde Etiopía a los grandes volcanes de Kenia y Tanzania, llegando incluso, para algunos autores, a las montañas de Knysna, en Sudáfrica. Si continuamos ascendiendo, el bosque se enrarece, los árboles se disponen de forma más espaciada y son más pequeños hasta que acaban por desaparecer. Nos encontramos en el llamado “límite del bosque”. Lo curioso, para un observador nativo de las zonas templadas del mundo, no es que a una determinada altitud deje de haber bosque, sino a lo elevado que llega a ser ese límite.

En las montañas Simien, al norte de Etiopía, visito uno de los paisajes montañosos más espectaculares que he visto nunca. Se suceden una serie de mesetas, suavemente inclinadas, por cuyos bordes con frecuencia se derraman saltos de agua impresionantes, que se pierden de vista en el fondo de barrancos de mil metros. Las nubes rozan elevaciones que parecen muy por debajo de donde me encuentro y hace mucho más frío que hace unos días, disfrutando (o sufriendo) el sol tropical de la sabana. Estoy a 3400 metros de altitud, y sin embargo, el camino me lleva a un bosque. A la misma altitud que la cima del Aneto, el paisaje es sin embargo totalmente distinto, verde y arbolado tan cerca del ecuador. El límite del bosque, la altitud en las que las condiciones ambientales hacen imposible la vida arbórea, es muy superior en los trópicos. Este efecto es conocido como “compensación latitud-altitud”, y es el mismo que explica, por ejemplo, que especies de mariposas que se encuentran en las montañas de la Europa mediterránea, vivan en Suecia al nivel del mar.





Antilopes redunca (Redunca redunca)

La siguiente sorpresa la encontramos en la composición del bosque propiamente dicho. Lo forma un único tipo de árbol, no muy alto, de troncos retorcidos en los que viven líquenes y musgos epífitos, que se empapan con las constantes nieblas. Sin embargo, hay algo en los árboles que resulta familiar, y una observación cuidadosa permite reconocer a una especie muy conocida: se trata de un bosque de brezo blanco (*Erica arborea*). Acostumbrados a conocer a esta planta con tamaños mucho más modestos (incluso en la laurisilva canaria, donde también llega a desarrollarse mucho) resulta espectacular encontrar en un enclave en principio tan exótico, un bosque como este. De hecho será la primera de las muchas sorpresas biogeográficas que le esperan al visitante boreal: estas “islas” afroalpinas, elevadas sobre un mar inmenso de sabanas y bosques tropicales, albergan muchos viejos conocidos, organismos del norte, de tierras templadas que en un principio no nos esperaríamos aquí. Unos kilómetros más adelante, esta mezcla tan extraña se manifiesta por parte de la avifauna, y en un acantilado se pueden ver conviviendo cuervos abisinios (*Corvus crassirostris*, endémicos del Macizo Etíope) con chovas piquirrojas (*Pyrrhocorax pyrrhocorax*), aves eurasiáticas que tienen aquí las únicas poblaciones de todo el África subsahariana.

La ascensión continúa y los brezos blancos quedan atrás. El GPS indica que la cota de los 4000 metros está próxima y algunos otros efectos de la altitud empiezan a percibirse en uno mismo. Cada paso se hace pesado y hay que reducir el ritmo de la marcha para no agotarse. El oxígeno escasea a estas alturas y cualquier esfuerzo poco meditado hace que te falte el aliento. ¡No me quiero ni imaginar lo que tiene que ser una marcha por el Himalaya! El brezal ha dado paso a extensiones abiertas y pastizales alpinos... y a agrupaciones de una planta ciertamente rara. Desde lejos parece una pequeña palmera, con un tronco que a veces parece elevarse varios metros y una roseta de hojas largas y lustrosas. Se trata de la lobelia gigante (*Lobelia rhynchopetalum*), un llamativo endemismo de las montañas etíopes. Las lobelias, generalmente, son plantas de porte muy pequeño, por lo que al aficionado a la botánica le resultará increíble que un representante de este género pueda superar los cinco metros de altura. El gigantismo de determinadas plantas en la alta montaña tropical es un rasgo bien conocido y estudiado tanto en África como en Sudamérica, y estas lobelias gigantes son un ejemplo magnífico. El supuesto tronco de las lobelias está, en realidad, hueco y no forma madera como la de los árboles con

crecimiento secundario. La roseta de hojas de estas plantas está adaptada a las duras condiciones de vida afroalpinas. La yema apical se encuentra protegida por un denso manto de hojas coriáceas para evitar su congelación. Cuando la lobelia llega a su madurez, produce una enorme inflorescencia (cuyo tamaño puede llegar a igualar al del resto de la planta) plagada de flores. Tras la polinización, una sola planta puede liberar millones de semillas diminutas, dispersadas por el viento.

En uno de los techos de África, sorprende y agrada encontrar mamíferos grandes, cuando la niebla lo permite, y más aún si son endémicos. El babuino gelada (*Theropithecus gelada*) es uno de ellos.



*Ejemplares de lobelia gigante (Lobelia
rhynchopetalum); la planta de la
derecha está comenzando a florecer*



Rascón de Rouguet (Rougetius rougetii)





*Combate en la niebla entre dos ibices etíopes
(Capra walle) (Foto: Alfredo Mantecón)*





*Un colobo (Colobus guereza)
contempla el paisaje del
bosque de Harenna
después de la lluvia*







*Varias especies de
Helichrysum forman
parte de la vegetación
del Sanetti*

Lobo etíope (Canis simensis), la especie de cánido más amenazada del mundo, con menos de 500 ejemplares en libertad.





Los geladas sobreviven a estas increíbles altitudes comiendo hojas y raíces, y como muchos otros cercopitécidos tienen intensas vidas sociales.

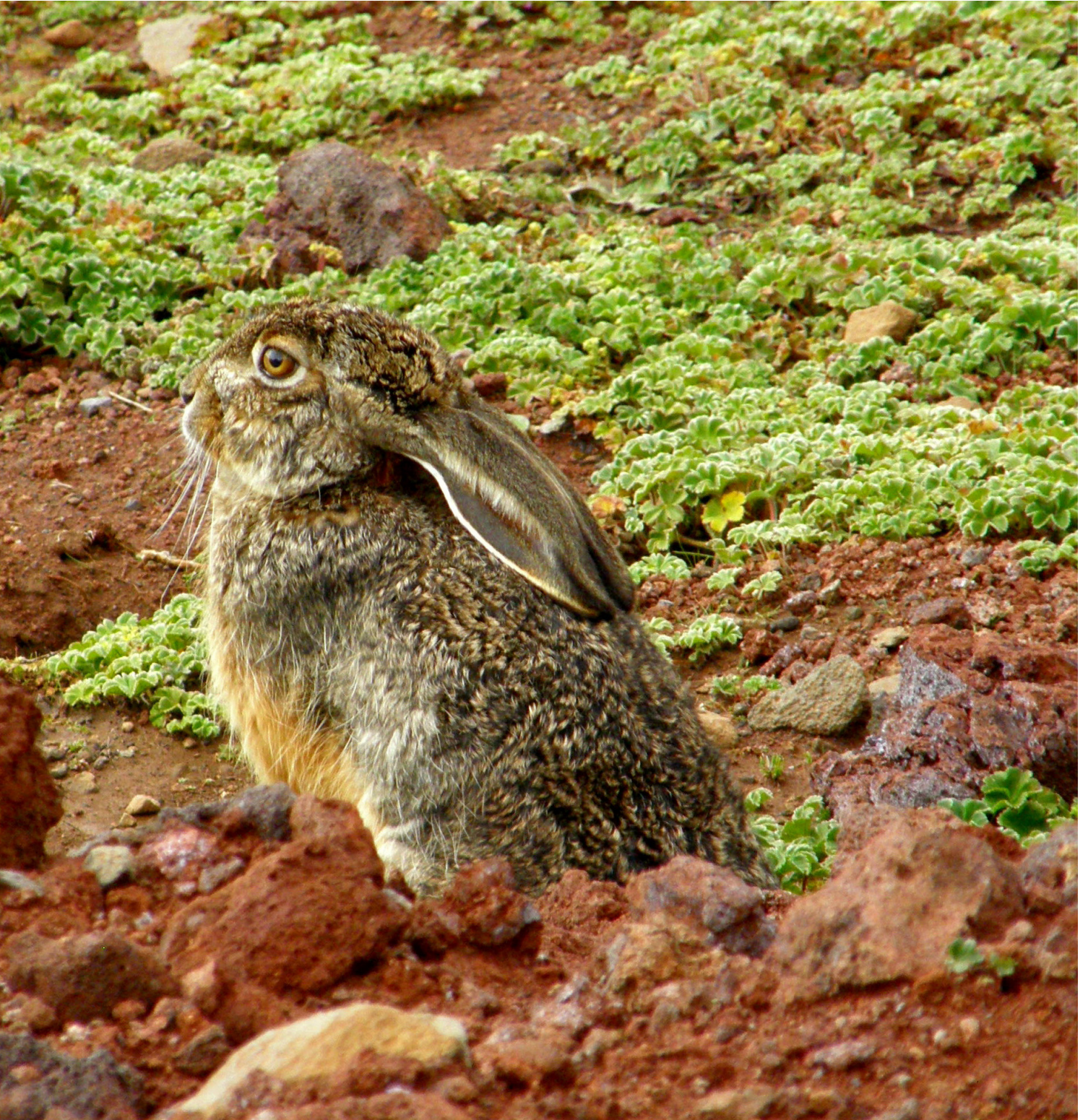
Los grupos, de hasta varias decenas de individuos, se desplazan juntos por las praderas alpinas en busca de alimento, y a menudo se distinguen varias familias encabezadas por un macho dominante, con su denso pelaje y su pecho desnudo. Sin embargo, una vez más, tras observar una estampa propiamente africana (con lobelias y babuinos), nos topamos con una imagen familiar unos kilómetros más adelante, cerca de la cima del pico Bwahit: un grupo de lo que parecen... cabras montesas. Se trata del íbex etíope (*Capra walie*) el único representante salvaje de las cabras al sur del Sáhara y uno de los endemismos más amenazados de Etiopía; hemos tenido suerte de verlos, pues se estima que sólo quedan unos pocos cientos de individuos, si bien las medidas de protección aplicadas en el parque parecen estar dando sus frutos en los últimos años. Los íbices etíopes están directamente emparentados con las cabras montesas europeas, y se cree que colonizaron el Macizo Etíope cuando las glaciaciones del Pleistoceno arrastraron hacia el sur a la fauna europea. Desde que las poblaciones de cabras quedaron aisladas aquí al final de dicho periodo, han evolucionado de forma independiente.

Un último esfuerzo para llegar a la cima del Bwahit (4430 m). La niebla impide disfrutar de las vistas, que deben ser espectaculares, y hace tiempo que dejamos atrás no sólo el límite del bosque, sino también el de las lobelias gigantes. Incluso a estas altitudes se percibe ese mestizaje euroafricano: diminutas orquídeas blancas conviven con primulas en las cimas de Simien. El recorrido por el parque es sólo un ejemplo de lo que podemos encontrarnos en la Etiopía afroalpina, pero este país es particularmente diverso y las sorpresas no han terminado.

Varios días después, a 700 km al sur de Simien, atravesando el Rift y ascendiendo por el sector suroriental del Macizo Etíope, me encuentro en las montañas Bale, que ofrecen otro escenario afroalpino, con contrastes respecto a Simien.



*Una liebre de montaña
(Lepus starcki)*





*La impresionante
meseta del Sanetti*



*Chorlito de pecho manchado
(Vanellus melanocephalus)*



Lobelias gigantes junto a una laguna alpina en el Sanetti



Mandíbula de roedor sobre hojas de Alchemilla

En los alrededores de la localidad de Dinsho, el límite forestal viene dado por un bosque único en el mundo, una vez más prueba de la mezclolanza biogeográfica de estas montañas.

Se trata del enebro etíope, dominado por *Juniperus procera*, la única especie de enebro que llega al hemisferio sur, y cuya distribución se extiende, precisamente, por las montañas orientales africanas. Dispersas entre estas coníferas, encontramos árboles de gran porte pertenecientes a la especie *Hagenia abyssinica*, una rosácea que sólo encontraremos en el archipiélago afromontano. Un paseo por este bosque una soleada tarde de verano me hace pensar en otros enebrales o sabinars europeos o asiáticos visitados en el pasado, pero una vez más, la fauna africana me sorprende apareciendo en este escenario a primera vista tan poco tropical.

Además de los omnipresentes facóceros (*Phacochoerus africanus*), es fácil ver antílopes, ¡antílopes en un enebro! El redunca (*Redunca redunca*) es quizá el más fácil de avistar; un antílope frecuente y abundante por toda el África central. Tampoco cuesta mucho encontrarse con un grupo de los impresionantes nialas de montaña (*Tragelaphus buxtoni*). Estos antílopes son interesantes principalmente por dos motivos: el primero, por ser un endemismo de las montañas etíopes en peligro de extinción, y el segundo, por ser la última especie de antílope descubierta por la ciencia (no fue descrito hasta 1910), lo que nos da una idea de lo inaccesibles que fueron estas montañas para los biólogos hasta no hace mucho tiempo. La suerte sigue acompañando y puedo ver también al huidizo y escaso bosbok de Menelik (*Tragelaphus scriptus*), otra de las “especialidades locales”.

Las mayores altitudes de las montañas Bale se alcanzan en la meseta del Sanetti, una altiplanicie que se extiende hasta donde llega la vista, un impresionante paisaje afroalpino por encima de los 4000 metros. No hay árboles en el Sanetti, y son pocas las lobelias gigantes que viven aquí, en grupos aislados. El suelo está cubierto en su mayor parte por especies de los géneros *Helichrysum* y *Alchemilla*, casi todas ellas endémicas. El agua abunda en estas cimas igual que en Simien, pero la topografía del lugar favorece la aparición de charcas y lagunas alpinas, que resultan de vital importancia para la fauna.



*Bosbok de Menelik (Tragelaphus scriptus),
otro endemismo etíope*





Resulta sorprenden la cantidad de aves que pueden observarse en este lugar, y por supuesto, los altos niveles de endemidad. El rascón de Rouguet (*Rougetius rougetii*), es un rárido que se puede ver corretear por las praderas alpinas; se trata del único integrante del género *Rougetius*. También integrante de un género monotípico es el ánade de alas azules (*Cyanochen cyanoptera*), al que se le puede ver tanto en las charcas como caminando por el páramo, lejos del agua, como también hace el chorlito de pecho manchado (*Vanellus melanocephalus*). Las tres especies son sólo algunos ejemplos de endemismos avianos del área.

Finalmente, también aquí encontramos mamíferos que no veremos en ninguna otra parte del mundo. Sin duda los más abundantes son los muchos roedores y lagomorfos que viven en el Sanetti, excavando galerías por todas partes (hasta el punto de que un mal paso me hace hundir la bota en una de estas madrigueras... varias veces). Basta quedarse unos minutos quieto cuando el sol calienta la superficie de la meseta

para ver corretear a muchos roedores inquietos. El mayor de todos ellos (y exclusivo de las montañas Bale) es la rata topo gigante (*Tachyoryctes macrocephalus*), tan extraña como esquiva. Respecto a los lagomorfos, hay al menos dos especies distintas de liebre exclusivas de este lugar.

Un repaso a la macrofauna de la alta montaña etíope quedaría incompleta si no habláramos del depredador por antonomasia del ecosistema: el lobo etíope (*Canis simensis*). El avistamiento de estos animales es un regalo para los sentidos, y por suerte no es difícil de conseguirlo en las amplitudes del Sanetti. Sin embargo, puede ser preocupante ser consciente de que en ese momento estaremos viendo una parte importante de la población mundial de esta especie. El lobo etíope es el cánido más amenazado del mundo, y en la actualidad se cree que sólo viven menos de 500 ejemplares, repartidos entre Bale, Simien y algunas áreas dispersas. Se trata de un cazador solitario que se alimenta de los roedores (con especial predilección

*Panorámica desde la cumbre del Tullu Demtu,
a 4377 metros sobre el nivel del mar*



por la rata topo gigante) y se encuentra gravemente amenazado por el furtivismo, la hibridación con perros y la rabia. Su pelaje rojizo puede hacer pensar que se asemeja más a un zorro, y por otros rasgos anatómicos a veces se le ha considerado un chacal. En la actualidad se sabe con certeza que se trata realmente de un lobo, la única especie africana. Al igual que ocurría con los íbices, la presencia de esta especie típicamente holártica en el África subsahariana hay que buscarla en el Pleistoceno, cuando poblaciones de lobos eurasiáticos llegaron del norte y colonizaron las montañas quedando posteriormente aislados. De nuevo un ejemplo estupendo de la composición mixta de la biota afroalpina.

La excursión termina en la cima del Tullu Demtu (4377 m), con una panorámica privilegiada de la sobria desolación volcánica del Sanetti. El valor de estas montañas está fuera de toda duda. La combinación de elementos de flora y fauna tan dispares y la exclusividad de sus muchos endemismos convierten a la alta

montaña etíope en un enclave tan valioso como delicado. Su sensibilidad a los efectos del calentamiento global y a la sobreexplotación ganadera ya amenaza gran parte de los ecosistemas afroalpinos. Como siempre, el tiempo dirá si el ser humano es capaz de estar a la altura de las circunstancias para poder preservar este patrimonio universal.

[Rafael Medina](#)



FEELSYNAPSIS.COM
Consulta la Bibliografía e información adicional aquí